Noli me tangere: El negro que tenía el alma blanca
Una cuestión de tacto

JOSÉ AGUSTÍN GILABERT ORTEGA
Universidad Miguel Hernández. Elche (Alicante)
jgilabert@umh.es

Alberto Insúa: Algo sobre su vida y obra

Alberto Álvarez-Insúa y Escobar, cuyo nombre de pila fue Alberto Galt y Escobar, conocido para las letras españolas con el de Alberto Insúa, nació en La Habana el 23 de noviembre de 1883, hijo del matrimonio formado por el estadounidense Mateo Galt y la hispano-cubana Sara Escobar de Cisneros, dama perteneciente a una aristocrática familia cuyas raíces se hunden en la provincia de Camagüey.

Insúa, no conocería a su padre, pues fue hijo póstumo, pero ya tenía dos hermanas, Margarita y Mercedes (años después ésta última esposa de Alfonso Hernández-Catá) que le preceden, por lo que Alberto será el tercer hijo de esta relación. Tras la viudedad, contraerá su madre segundas nupcias con el gallego de origen pontevedrés, Waldo Álvarez Insúa, pasando así nuestro escritor a utilizar el apellido de éste. Todo indica que D. Waldo fue hombre de inquietudes literarias, fundador y director en la capital cubana del diario *El Eco de Galicia,* además de ser socio fundador del importante e influyente Centro Gallego del mismo lugar. De este matrimonio vendrían al mundo tres varones más (Waldo, Pepe, y Manuel) y una mujer (Sara), de la que apenas se tenía noticia como escritora hasta el «rescate» reciente de su obra por parte de Yasmin Hassan Ashmawy.

Si seguimos el trazo biográfico dejado por el mejor estudioso de la vida y obra de nuestro escritor, el profesor Santiago Fortuño Llorens, y al que seguimos casi literalmente en este aspecto, tras la derrota del 98, Alberto Insúa se trasladará, junto con su familia, a La Coruña y, posteriormente, a Madrid, donde cursará los estudios de Derecho, comenzando a alternar el trabajo de periodista con su tarea literaria.

En 1906 casa en Madrid con la cubana América Pérez de Villavicencio y Sierra, hija del acaudalado indiano nacido en Ortigueira (La Coruña), Manuel Pérez Orosa.

Entre 1905 y 1948 escribirá centenares de artículos periodísticos y literarios en España, Francia y Buenos Aires. Su numerosa obra novelística, que se extenderá desde 1907 con la publicación de *Historia de un escéptico: en tierra de santos*, se cerrará con *Nieves en Buenos Aires* (1955). Entre una y otra mediarán multitud de novelas más, así como un elevado número de

novelas cortas y relatos breves, cuentos, dramas, ensayos, memorias y traducciones, además de una prolífica producción de artículos periodísticos, y sin olvidarnos de su faceta como editor.

Durante el periodo de la monarquía de Alfonso XIII, no ejerció actividad política alguna, sin embargo, con la llegada de la Segunda República, como tantos hombres de su generación, sentirá la llamada de la misma y, por su amistad con D. Alejandro Lerroux, líder del Partido Radical, ocuparía el cargo de gobernador civil en Málaga entre 1933 y 1935, para desempeñar al poco también el de Álava desde el día 5 al 23 de diciembre de 1935. En 1936 se expatrió a Francia y posteriormente a Bélgica, trasladándose en julio de 1937 a Buenos Aires, donde escribió en el periódico *La Nación* y publicó *La sombra de Peter Wald*, continuación de *El negro que tenía el alma blanca*. Regresó a Madrid en 1949, justo el año en que fallecía también en Madrid su antiguo jefe político vuelto a España desde su exilio portugués dos años antes.

La prensa fue su refugio momentáneo, figurando como articulista en *La Vanguardia, Madrid, Domingo y Semana*. Dejó escritas una trilogía de sus *Memorias* (1952, 1953 y 1959) recogió sus vivencias personales de la Guerra de la Independencia cubana, relató sus viajes por Europa como corresponsal de la contienda europea y describió su trayectoria y relaciones literarias. Alberto Insúa, como decíamos al principio, murió en Madrid en la madrugada del 8 de noviembre de 1963.

Respecto a su abundante obra, el profesor Fortuño Llorens, no tiene ninguna duda al considerar *Las flechas del amor* (1912) y *El negro que tenía el alma blanca* (1922) como sus obras más famosas y leídas, y como muestra de ello, resalta sus prontas traducciones al francés, italiano, alemán, sueco y portugués.

Alberto Insúa y la España de su tiempo

¿Cómo es la España que vive Alberto Insúa en el momento de escribir su novela? Pues veámosla junto él a través de algunas de las impresiones que nos dejó plasmadas en sus *Memorias.* Para empezar, se sienta en el trono de España Alfonso XIII, gobiernos liberales y conservadores se turnan en el poder.

Recuerdos de Madrid

Madrid, el escenario principal de sus obras, es descrita y evocada de modo que podemos comprobar que el aspecto de la urbe madrileña en esa década de los «locos años ‘20» no difería de las otras grandes aglomeraciones urbanas europeas. Contaba, como era habitual en las capitales europeas,

con una activa vida nocturna y, consecuentemente, con multitud de locales de ocio y diversión.

> Era todavía el Madrid de Alfonso XIII, del Nuevo Club, de la Gran Peña, del Casino, del Ateneo con ciertos pujos revolucionarios y del flamante Círculo de Bellas Artes, donde, arriba, "se jugaba"; en su espacioso vestíbulo, alfombrado, se formaban tertulias de artistas y escritores, y abajo había una piscina y un cabaret. Era un Madrid con su calle de Alcalá numerosa de teatros y cafés, de gente conocida —políticos, literatos, cómicos y toreros— que se saludaban al paso, o se detenían en grupos para conversar. Era el Madrid de *El Gato Negro,* con la peña de *Benavente,* de la *Maison Dorée,* el *Lion d'Or* y el *Levante* con otras peñas presididas por escritores y músicos. Era un Madrid del que no habían desaparecido —aunque ya se retirasen— la mantilla ni el mantón de flecos. Era un Madrid con sus ídolos y sus hombres populares, así se llamasen Juan Belmonte, Emilio Carrère o don Ramón María del Valle-Inclán. Tiempos del cine mudo con la Perla Blanca, la Bertini, la Cavallieri y el maravilloso Charlot. Se construían hermosas salas para proyectar sus películas. Había ópera en el Real. Y ahí estaba el teatro de Apolo, alternando las zarzuelas con las revistas de Eulogio Velasco, con finos argumentos de Tomás Borrás. La Puerta del Sol, no derrotada aún por la Gran Vía… Los automóviles de alquiler, pocos, provistos de una banda azul. El fútbol, sí, pero incipiente. El espectáculo nacional seguía siendo el de los toros.

La guerra de Marruecos

Ese conflicto bélico, que tantos problemas estaba causando para España, acaba de vivir uno de sus momentos más trágicos: el desastre de Annual. En agosto de 1921, las tropas españolas han sufrido una gran derrota a manos del caudillo rifeño rebelde Abd-el-Krim. Los muertos se cuentan por millares, llegándose a calcular casi 11.000, otros miles han caído prisioneros en manos enemigas, siendo asesinados una gran porción de ellos. Insúa recuerda la situación que estos luctuosos acontecimientos están dejando para la vida española:

> En el otoño de 1922 seguía sin cortar el nudo gordiano de Marruecos. Ninguno de los generales a quienes se confiaba el restablecimiento de la normalidad en nuestra zona poseía las dotes de Alejandro. Eran, eso sí, valerosos; pero luchaban con un enemigo astuto, de redomada doblez, al que había de dominarse no

> sólo con el cañón y la bayoneta, sino también con las finas artes de la diplomacia. El general Burguete, que sustituyera a Dámaso Berenguer, entró en negociaciones con el ambiguo Rausili, y secundado hábilmente por el general Castro Girona pudo pactar con el famoso jefe rifeño, que acató con sus partidarios la autoridad del califa.

Las noticias que llegaban a la metrópoli en torno al conflicto bélico al otro lado del Estrecho eran angustiosas y creaban incertidumbre. Nuestro autor, afectado por la guerra en Marruecos y el citado desastre de Annual, ve como un incentivo para aislarse de las malas noticias en el ámbito político, dedicarse en cuerpo y alma a escribir, a mantener su nombre literario para que no se perdiese entre la maraña de malas noticias procedentes del exterior. En tal sentido, diría que se puso «a escribir la novelita que, conforme tomaba cuerpo y rumbo el relato, habría de convertirse en una novela grande.»

Visión general de España

Alberto Insúa, en el recorrido que hace en sus *Memorias,* refleja la situación política de España en esa época posterior a la Primera Guerra Mundial, expone sus reflexiones al respecto y rememora sus vivencias. Trae a colación cómo la realidad española de esa época está, por un lado, directamente relacionada con la posición neutral de nuestro país en aquel gran conflicto bélico mundial; sin embargo, por otro lado, no puede escapar a las míseras condiciones sociales que había traído consigo la derrota sufrida en Marruecos. A pesar de ello, es decir, de no haber participado activamente. Esto unido a otros actos de descontento social, como fuera la huelga de los funcionarios de Correos, los actos de indisciplina militar, el terrorismo y la insistente idea de separatismo en Barcelona. Al respecto de todos estos problemas políticos y sociales, Alberto Insúa escribía en sus *Memorias* lo siguiente:

> Un segundo Gobierno de concentración nacional, presidido por don Antonio Maura, con los jefes de todos los partidos —los mismos, según frase del gran estadista, que nos habían traído con sus errores a situación tan peligrosa— hubo de enfrentarse con tal cúmulo de problemas, de solución urgente para la patria, y sólo en parte pudo resolverlos o paliarlos. Habíase reparado, lentamente, con nuevas pérdidas de vidas, el desastre de Annual, reconquistándose el territorio abandonado hasta los límites indispensables para la seguridad de la plaza de Melilla. También contuvo Maura las explosiones del sindicalismo en el Ejército, manifestado en las

> Juntas de Defensa, y puso término a la anarquía administrativa con el Estatuto de funcionarios. Pero como en su Gobierno faltaba, según también frase suya, el "apiñamiento patriótico", como en aquel grupo heterogéneo de ministros cada cual iba por su lado, un buen día, un mal día, una maniobra de los conservadores de Dato señaló, como habría de comprobarse más luego, el final de la vida pública del hombre de la «revolución desde arriba». Y ocupó el poder el señor Sánchez Guerra.

Este comentario de Insúa recuerda en algunos aspectos a lo que ocurre hoy día en la sede del gobierno de coalición, donde en ocasiones da la impresión de que cada uno va por su lado, lo que nos lleva a pensar que los problemas políticos, como otros tantos de la vida social, se repiten en el tiempo sin que, al parecer, haya modo de enderezar determinados comportamientos humanos.

Hora de divertirse: los espectáculos públicos

Insúa hace mención de la amplia variedad y cantidad de espectáculos públicos que la ciudad de Madrid ofrecía a sus habitantes y visitantes para llenar el tiempo de ocio. A este respecto, hace alusión a los teatros, cines, verbenas y locales de variedades. Pero quizá uno de los que llamaba la atención de nuestro autor era la celebración de corridas de toros, espectáculo que tanto había echado de menos durante los años que vivió en Francia, entre 1914 y 1921, perdiéndose tardes de gloria como las que ofrecía el torero Joselito, a cuya alternativa sí había asistido Insúa en 1913. Sobre la muerte de este insigne artista del toreo, Insúa escribe en sus memorias:

> Todavía, en la temporada del 22, los buenos aficionados lloraban su muerte, sobrevenida dos años antes en la plaza de Talavera de la Reina. Con la cual muerte, en las astas del toro, de quien se consideraba el Aquiles de la tauromaquia, quedaba rota una de esas nobles competencias que han dado su mayor lustre y prestigio a la fiesta nacional. Quedó, desparejado, Belmonte. Y Belmonte, con serenidad que llamaré senequista —ya que era el torero de los «intelectuales», de un Ortega y Gasset, de un Pérez de Ayala—, aceptó su destino de cargar él solo con el cetro y la cruz de la torería. Pero Juan no era un rey infatuado, sino modesto, pronto a reconocer y alentar los méritos de sus colegas, entre los cuales se contaban el hermano de José, el Gallo, y Sánchez Mejías, Marcial Lalanda, los Bienvenidas, Granero y algunos más. Gran época del

> toreo y que, a mi modo de ver, señala su máximo esplendor y el principio de su decadencia.

Recuerdos de un premio Nobel

Prácticamente, de todos los acontecimientos de la vida social y cultural española ofrece Insúa pinceladas en sus *Memorias.* De la política a los espectáculos taurinos, como acabamos de mencionar en el epígrafe anterior, nada escapa al recuerdo de sus años madrileños. Así pues, en esa década de los locos años '20, la concesión del Nobel a Jacinto Benavente, en 1922, merece también su comentario:

> Si hubiese vivido Galdós habría habido, tal vez, discusiones y protestas, ya que, reconocidos los méritos del autor de *Los intereses creados,* no era posible dudar de que el príncipe de las letras españolas era don Benito. Pero Galdós había muerto y Benavente no tenía competidor. Justo, pues, el premio que no se concede a título póstumo. No hubo polémicas ni manifiestos en contra, como en la ocasión del Nobel de Echegaray. Los académicos suecos no se dejaron influir [...].

Al mismo tiempo, hace mención de cómo las obras de Benavente despertaban los recelos y envidias de otros autores literarios a quienes les hubiese gustado ocupar el puesto de Benavente entre los premiados por la Academia Sueca. Son célebres los ataques de Ramón Pérez de Ayala al teatro de uno de nuestros pocos Nobel de Literatura. Asimismo, otro cuyas diatribas pretendieron derribar la candidatura de Benavente para ese premio fue Enrique de Mesa. Afortunadamente, como menciona Insúa en sus *Memorias*, los académicos suecos no se dejaron influir por estos comentarios negativos o contrarios al dramaturgo.

Extranjeros en Madrid. Otras voces, otros ámbitos

Sobre el mundo de la farándula, la llegada de artistas procedentes de Hispanoamérica a Madrid, así como sus actuaciones en el panorama teatral y de variedades también se pronuncia Insúa. Así pues, nos informa en sus *Memorias* de la presencia en Madrid de artistas procedentes, sobre todo, de México y Argentina:[1]

1 Sobre el auge del tanto, al que Insúa hace mención en sus *Memorias,* véase en este mismo volumen el capítulo que escribe Claudio Ferrer Lafuente dedicado a estos ritmos procedentes del otro lado del Atlántico y a su auge en España.

> En el teatro de Lara se aplaudían el arte y la belleza de María Teresa Montoya, y en la Zarzuela, los sainetes y melodramas comprimidos de dos excelentes cómicos de Buenos Aires, Enrique Muiño y Elías Alippi. La farándula porteña hizo popular la música del Pericón, que tocaban los ciegos por las calles. Antes o después de Muiño, de sangre gallega, y de Alippi, de ascendencia italiana, llegaron, asimismo, de la Argentina la recitadora Berta Singermann, de origen hebreo, el famoso cantor de tangos Carlitos Gardel, su émulo Spaventa y dos hermosas mujeres que se quedaron en Madrid como primeras figuras del teatro de variedades: Perlita Greco y Celia Gámez.

Al mismo tiempo, no podemos olvidar que precisamente es la década de los 20 cuando una nueva industria del entretenimiento entra en una fase decisiva para la historia del cine, el paso del cine mudo al sonoro. Insúa menciona la existencia en Madrid de una gran cantidad de grandes salas de cine en las que se proyectaban películas mudas, así como de la gran aceptación que este nuevo modo de transmisión de imágenes y de comunicación tuvo entre el público hasta el punto de competir con el teatro. En cualquier caso, se trata de una época en la que el público está ávido de novedades y asiste con regularidad a todo tipo de espectáculos: «[…] el Madrid de entonces, en materia de espectáculos, conservaba sus esencias y costumbres nacionales y locales, pues en éstas entraban su afición al bel canto y a la buena música, que se satisfacía en el Real y los conciertos», escribiría Insúa.

Alberto Insúa se confiesa

Para conocer el origen, el curioso origen deberíamos decir, de la concepción de esta novela, nada mejor que recurrir al propio Insúa para que nos lo cuente, pues en sus *Memorias,* de acuerdo con la edición que aquí seguimos, anotada por Fortuño Llorens, dedicará más de un capítulo para relatarlo, bajo la rúbrica de estas pequeñas «entradas», que el que esto escribe, ha creado para la ocasión.

De cómo le surgió al autor la idea para escribir esta novela

El argumento de la novela de Insúa, *El negro que tenía el alma blanca,* que constituye nuestro objeto de interés para este capítulo está basado en una conversación que nuestro autor tuvo con su hermano menor, Manuel, paseando ambos por la calle de Alcalá en Madrid. Según relata el autor, durante ese paseo se cruzó en su camino un joven negro, de buen porte, bien vestido y de andares elegantes. El hermano de Alberto Insúa fijo la mirada

en este transeúnte y le espetó a su hermano que, por el aspecto y los ademanes de aquel individuo, ese negro debía de dedicarse al baile, ya que le recordaba a un bailarín negro que había visto en el Maxim's. Tras esto, la conversación entre los hermanos discurrió del siguiente modo:

> —¿El de la Rue Royale? —le pregunté. —No. En este de la calle de Alcalá. Era muy simpático y dicen que se murió de amor. ¿Crees tú que se puede morir de amor? —Yo sí. —Aquel negro, que se apellidaba Cólber, se enamoró de una de sus parejas, una chica rubia, preciosa, que no le hizo caso. Y le dolió tanto el desdén de la muchacha que se puso a morir. Bueno, también padecía una enfermedad del corazón. Cardíaco y sentimental. En resumidas cuentas, que se murió. ¿Por qué no escribes con ese asunto una novelita? Un negro enamorado de una blanca se presta. —¡Vaya si se presta! Pero yo no conocí al pobre Cólber. —¡Y qué te importa! ¿Para qué te sirve la imaginación? —Es verdad. Los mejores personajes de las novelas y los dramas tal vez sean los imaginarios. Claro que se necesita un punto de apoyo en la realidad. ¿Cómo era Cólber? —Como ese que acaba de pasar. Y bailaba admirablemente. —Pues mira, a lo mejor cualquier día, con los escasos datos que tú me proporcionas, voy y escribo un cuento o una novela corta.

Tiempo después, casi olvidada esta conversación con su hermano sobre aquel «negro sentimental y cardiaco» que se había enamorado de su parejita blanca, volvió al recuerdo en un momento en que nuestro autor se encontraba en una playa bretona, en Erquy, escaso de ideas para escribir una novela. La falta de inspiración y la reflexión sobre una amplia paleta de temas hizo que en su mente aflorara de nuevo el diálogo con su hermano, diálogo a partir del cual montó el argumento de su novela.

Donde nace el título de la novela

Una vez pergeñada la idea sobre el argumento a desarrollar y haber creado a los personajes intervinientes en la historia, se le planteaba la pertinencia de un título llamativo comercialmente y que, al mismo tiempo, diera una idea sobre el contenido. Sus reflexiones le llevaron a plantear que la diferencia de razas entre el bailarín y la bailarina protagonista, de raza blanca, de la que se enamoraría perdidamente el negro, sería precisamente el punto de apoyo para un buen título. Así pues, la oposición: *Blanca y negro* pretendía que se convirtiese no sólo en el *leitmotiv* de la narración, sino también del título. Insúa le comentó esta idea a su amigo Enrique Jardiel

Poncela, estando ambos en la redacción de *La Corres*, a lo que este último apuntó lo siguiente:

> A quien le gustará ese título es a Luca de Tena. El público no leerá Blanca y negro, sino *Blanco y Negro*. Con lo cual, y plenamente persuadido, volví a verme sin rótulo para mi obra, cuyos personajes iba "bautizando" conforme nacían de mi pluma: Pedro Valdés y Peter Wald, el negro, en las dos manifestaciones de su vida; Emma Cortadell, alias la Cortadita, su pareja; Don Mucio, padre de la joven danzante; Piedad de Arencibia, después marquesa de Yéboles, hermana de leche de Pedrito; la negra María Francisca, madre del que yo convertiría en un bailarín de fama internacional. Y así todos mis muñecos. Pero el título de la farsa seguía sin aparecer. Pequeño conflicto en que suelen hallarse los autores de cualquier género literario, comedia, cuento, novela o poema, y que se puede obviar, sobre todo en la novela, recurriendo al nombre, sólo al nombre y apellido del protagonista: David Copperfield, Ana Karenina, Madame Bovary, Pepita Jiménez, Ángel Guerra y tantos más de otros libros famosos. Ni el hábito hace al monje, ni el título a la novela —pensé—, y si la mía lleva luz dentro brillará con cualquier letrerito que le ponga.

Finalmente, Insúa dio con ese título de *El negro que tenía el alma blanca* y que alcanzaría un éxito indudable tras su publicación, hasta el punto de que el argumento fue llevado al cine (todavía mudo), actuando en el papel protagonista femenino una jovencísima Concha Piquer.

Donde el autor relata una experiencia personal o tesis de la novela

Una vez encontrada la idea que daría pie al argumento, Insúa comenzó a recordar las vivencias personales que había tenido durante sus visitas en París a los locales de entretenimiento nocturno. Al traer a la luz esas memorias, se percata de que eran pocos los bailarines negros que mantenían algún tipo de relación personal con cantantes o actrices de piel blanca:

> Yo había visto en París a muchos negros bailarines, cantores o músicos de jazz-band. Y sabía de algunos que tenían, cuando no esposas, *petites amies* rubias y de tez color de nardo, como aquella que, en el Maxim's de la calle de Alcalá, no pudo corresponder a la pasión de Cólber.

Nuestro autor buscaba razones para ese rechazo, pues ello le ayudaría a construir su relato. En sus reflexiones sobre el particular, pensaba que se debería a una repulsión natural de las mujeres blancas hacia los varones negros si de lo que se trataba era del matrimonio, de una ligazón de por vida, pero que no existía tal en relaciones más o menos esporádicas o no duraderas en el tiempo. Sin embargo, decía, no se daba el caso contrario, es decir, que los hombres blancos sí se sentían atraídos por mujeres negras y estas no rechazaban la unión con un hombre de raza blanca. A este respecto, ponía el ejemplo de la población mulata de las Antillas y de otros países de América, donde la mezcla de razas se debía, mayormente, a la unión de una mujer nativa de raza negra con un hombre español o bien con un portugués, ambos poco dados a las «discriminaciones raciales» de los anglosajones, de los que Insúa decía que eran endógamos. Por el contrario, decía:

> Al ibero, luso o hispánico, el pigmento contrario al propio no le parece una «barrera infranqueable» para el amor, y así, en coyunda legal y santificada por la Iglesia, o en simple barraganía, no son pocos los portugueses y españoles que engendran hijos mulatos, contribuyendo a la fusión de las especies, no mal vista por los ojos de Dios, sólo atentos a los colores del alma. De todos modos, la mujer blanca a quien no repele el hombre negro es una excepción. Y en esa excepción no figuraba la bailarina que rechazó las pretensiones amorosas de Cólber.

Donde se habla de los personajes que pueblan la novela

Resulta de sumo interés para el buen lector y aficionado o profesional de la crítica literaria la información que Insúa proporciona sobre la creación de los diferentes personajes de la novela y sobre cómo se sentía al crearlos:

> Ninguno de mis libros me ha costado menor esfuerzo que aquél. Era como si un hada familiar me lo dictase. Todos los personajes, así los que representaban los primeros papeles como los secundarios y episódicos, me obedecían con esa docilidad de los títeres que manipula el titiritero. Lo que no significaba que quisieran quedarse en meras figurillas de cartón o de trapo, sino que confiaban en que yo les infundiera vida como a hombres y mujeres de la realidad.

Cuando habla de la realidad, se refiere a que los autores literarios toman sus modelos directamente de la vida misma para caracterizar a los diferentes personajes de sus novelas. Es, pues, el entorno inmediato del autor y

sus experiencias vitales lo que sirve como fundamental fuente de inspiración para la creación de personajes. A partir de la observación de seres reales, el escritor adereza con su fantasía los comportamientos y caracteres de los personajes. Además de ello, prosigue Insúa, se introducen otras personas en la trama que responden completamente a la imaginación del autor, mientras que, en otros casos, aunque se base en seres reales, estos suponen únicamente un leve punto de apoyo a partir del cual el autor introduce otros elementos caracterizadores. Así, pues, Insúa menciona al respecto lo siguiente:

> Quiero expresar con esto que aun los personajes de mi invención procedían de una realidad indeterminada, pero ofreciéndome una primera materia humana que en mi mano estaba que lograse consistencia o se disolviera en polvo. Añadiré que yo tomaba «mis precauciones» buscando para los fondos de mi novela ambientes respirados por mí, como el de la Cuba de mi nacimiento y primera infancia, donde hacía nacer al negro de la fábula; el de un Madrid vivido en mis tiempos de estudiante y de escritor en cierne; el de un París que me sugestionaba y, por último, ese aire que llaman de «entre bastidores», o de la farándula, mefítico para unos y que otros aspiran con deleite.

De la opinión de los buenos amigos

En el proceso de dar un título adecuado a su novela, del que hemos hablado con anterioridad, Insúa consulta con familiares, colegas y amigos la pertinencia de su idea, a la que algunos de ellos respondieron, tal y como nos cuenta el autor:

> A Jardiel Poncela lo de *El negro que tenía el alma blanca* le pareció «estupendísimo». A mi padre, conocedor del argumento del libro, «muy acertado». A mi hermano Manuel, «de perlas». García Sanchiz, Bernardo Candamo, Pepe Francés, Dionisio Pérez y Juan Pujol, entre otros camaradas íntimos con quienes hablaba de mi obra, entendieron, con distintas palabras, que era un título precioso, curioso, brillante e intrigante. Con todo lo cual y ante testigos recibió nombre mi novela, que yo escribía por las tardes, pues las mañanas eran para los artículos en mi casa o en la redacción de *La Correspondencia*.

El deseo, como de cualquier escritor, de que su novela tuviese éxito le llevaba a comentar la próxima publicación de la obra y dar algunos detalles

sobre ella, con el fin de que colegas de profesión en los diferentes periódicos o bien los amigos difundiesen la obra. Así, por ejemplo, relata que en su asistencia a una función de teatro se encontró en el vestíbulo del teatro de la Princesa a José Ortega Munilla, periodista y novelista, que le había facilitado años antes, concretamente en 1906, su entrada en el periódico *El Imparcial,* medio en el que Insúa publicaría sus primeros artículos y cuentos, razón por la que sentía un profundo agradecimiento hacia Ortega Munilla. La sorpresa de Insúa fue que tantos años después de aquella primera mano que le facilitó la entrada en el mundo del periodismo, Ortega Munilla, en mayo de 1922, se siguiese interesando por lo que estaba escribiendo en esos momentos y le pidió que le enviase la novela en cuanto se publicase, con el fin de escribir un artículo sobre ella en el diario *Abc.* Así lo hizo Insúa y así de generoso escribió Ortega Munilla sobre la obra *El negro que tenía el alma blanca:*

> […] La obra de Alberto Insúa estudia el amor dignamente. Describe antros del pecado con nobleza de alta espiritualidad. Es un ejemplo de la reparación que esperamos los viejos. Porque, en verdad, he de decir a quienes me lean que no me resigno a desaparecer mientras esta retórica de Gomorra sea enterrada, ya a golpes de la ley, ya por desdén de los lectores. Alberto Insúa es un alto espíritu, y este libro del que hablo lo acredita. […] No es posible escribir páginas más emocionantes, más sugestionadoras que las que Alberto Insúa ha escrito sobre un teatro matritense donde apareció Peter Wald […] El negro tiene el alma blanca, y muchos de aquellos blancos tienen negra el alma. Adviértase que Insúa no ha intentado un libro simbólico y tendencioso. Nada más lejos de su calidad estética. Es que al narrar descubre esencias de la vida. Es que al analizar es de una lealtad absoluta, y los hechos y los espíritus quedan proyectados bajo la luz de una observación definitiva. […] Esta es la novela. Pero no es la novela, porque en cada página hay primores de observación, gracias infinitas narrativas, un poder delicado de estilo y de análisis…[2]

La alabanza sin ambages que Ortega Munilla hiciera de la novela de Insúa le produjo a nuestro autor un gran júbilo natural y una conmoción espiritual profunda, tal y como expresaría en sus *Memorias.*

2 El artículo se publicó el 6 de julio de 1922 en el periódico ABC. Disponible en la Hemeroteca digital de ABC: https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-19220706-4.html [Consultado el 21/02/2022].

Siguiendo con los comentarios e información que el propio Insúa iba extendiendo sobre su novela en curso, dio como resultado el elogio de otros muchos colegas y amigos. Así, por ejemplo, el impresor Juan Pueyo al leer parte del manuscrito le espetó a Insúa:

> —¿Sabe usted, Insúa, que está usted escribiendo una novela «súper», y que tiene usted que publicarla antes de San Isidro? Respondí desconcertado: —Nunca sabe uno lo que está escribiendo. Pero lo que sí sé es que esta novela no estará terminada hasta el otoño. —¿Por qué? —¡Hombre, porque me falta la mitad! —Pues esa mitad va usted y no sale de casa, la escribe en quince o veinte días, yo compongo e imprimo a todo meter y para San Isidro «estamos» en la calle y el éxito va a ser de los de «a ver quién puede conmigo». Y como yo sonriese, escéptico. —¡Parece mentira! —exclamó don Juan Pueyo—. ¡Cómo son ustedes, los escritores! Nunca saben lo que se traen entre manos. Pues yo, oiga usted, con sólo mirar por encima las galeradas me doy cuenta de si va a salir un churro o un monumento. Y si su novela sigue como hasta ahora se van a suceder las ediciones.

La premonición de este impresor se cumplió con creces, pues a partir de la publicación de la novela el éxito de crítica y público fue imparable; década tras década se siguió publicando la obra hasta llegar a 1998, fecha de la última edición en España. Sólo en 1922 hubo seis ediciones de la obra.

Donde el autor habla sobre el éxito de su obra

Sobre el éxito obtenido también habla Insúa en sus *Memorias*, del que dice:

> La consecuencia inmediata del éxito de librería —y de crítica— de *El negro que tenía el alma blanca* no fue un banquete, sino algo más substancioso para mí: una renovación y mejora de contrato con la casa Renacimiento, que en menos de un año publicó tres copiosas ediciones del libro. Desde su publicación en mayo de 1922 hasta la fecha en que redacto estas líneas, noviembre de 1956, ese éxito no sólo se ha mantenido, sino multiplicado con tres adaptaciones al «cine» y una al teatro, y la traducción de la novela a nueve idiomas. Semejante victoria literaria vino a poner término a mi situación de novelista semiolvidado.

La novela en sí: tramas, personajes, el poder del tacto

En un teatro de Madrid

D. Narciso es hombre de negocios, conoce bien a los actores y actrices del momento, así como a los dramaturgos y comediógrafos más importantes del momento, es el empresario del exitoso Teatro del Sainete. Pero las cosas están cambiando, el público es cada vez más exigente, ya no se conforma con asistir a un espectáculo cómico de retruécanos fáciles en los diálogos o de chascarrillos chispeantes ya demasiado manidos. Por eso, decide que su teatro debe dar un cambio y si en Europa hay algo que comienza a llamarse «music-hall», él quiere también para su teatro que el público madrileño conozca en qué consiste esa nueva forma de concebir el espectáculo.

Tomada esta decisión, D. Narciso emprende una campaña publicitaria por toda la capital para dar a conocer a la nueva figura del baile moderno, a la que acaba de contratar y que hace furor en el extranjero, su nombre es Peter Wald, y es de raza negra. La noticia de su próxima llegada hace entrar en escena un largo desfile de personajes que conforman la compañía teatral estable con la que cuenta D. Narciso para su espectáculo diario y que desde mucho tiempo atrás están radicados en el Teatro del Sainete. Así, nos encontraremos en primer lugar un personaje como Bélmez, secretario particular de D. Narciso quien pronto le advertirá de la existencia de un problema, «[…] ocurre que todos los actores se sienten como empequeñecidos o, más bien, manchados con la presencia del negro […] Si Peter fuera blanco, no dirían nada y hasta lo admitirían si fuese japonés. Pero…¡negro! Es la cuestión de razas.»

Así es, la cuestión racial de nuestro protagonista aparece desde el primer momento, y esta es abordada desde diferentes prismas por cada uno de los miembros de la compañía teatral, a los que Insúa va describiendo uno por uno, tanto en sus rasgos físicos como psicológicos.

Estos personajes son principalmente, D. Luis Gandía, el primer actor, «hombre leído y entendido….. Se consideraba el más guapo de Madrid y eso que mil detalles le anunciaban, desde hacía tiempo, el crepúsculo de su belleza […] Cincuentón sin arrugas, de talle juvenil y charla deliciosamente insustancial». Como amigo y firme admirador de D. Luis, aparece la figura de Lope de Muela «muelita», «pequeñito», guapito, y que vestía bien… además de indiscreto». A continuación, se nos presenta a Mercedes Olmos, la primera actriz, descrita como «admirable actriz y apetitosa mujer». Personaje singular es el de Roel, el actor cómico, gran amigo de «muelita» y caracterizado como «hombrecito perfectamente feo… Pequeñín, delgaducho, tenía unos brazos interminables de gorila y un perfil de pez.» Para acabar con el elenco de personajes, nos encontraremos con

las actrices meritorias, la Cuevas, «que se vestía como si cobrase un sueldo de primera actriz» la Cortadita y la Fontecha, «que de puro gorda y sosa parecía a los dieciocho años una característica», sin olvidarnos de Linaje, el galán, la Ávalos, actriz cómica, o Rogelio Pera, segundo actor cómico y marido de la «López», también actriz cómica.

De todos los personajes que acabamos de mencionar destaca por encima de todos ellos la «Cortadita», cuyo nombre es, en realidad, el de Emma Cortadell, huérfana de madre, de unos 15 años e hija de D. Mucio Cortadell, «[…] hombre pequeñín y escuálido, ojillos de rata, su nariz granujienta… Tenía tipo de enterrador. Tenía cincuenta años y un duro diario de renta y… su hija, en quien fundaba todas sus esperanzas de ser, más tarde o más temprano, rico… Un monstruo puede engendrar un ángel y la fealdad trocarse en belleza sin que desaparezca el aire de familia».

Detengámonos por un momento, antes de proseguir en la figura de Emma Cortadell, ¿cómo es?, ¿cómo piensa? Llegados a este punto, y como no podía ser de otra manera, Insúa es pródigo en la descripción de su principal protagonista femenino, así nos dice de ella que «[…]el caso era que Emma Cortadell era preciosa. Muy blanca, con los ojos almendrados y una gran finura de facciones, poseía esa hermosura bien dibujada y sólida de las vírgenes de Rafael. Bastante alta, su cuerpo era todavía infantil, pero la longitud del cuello, la brevedad del talle y la ligereza de sus cuatro miembros indicaban que no sería nunca una bola como la Fontecha, ni un alabardero como la López. Había de quedarse en las proporciones de la mujer bien hecha, pero más hacia lo pequeño y gracioso que lo macizo y grande: más goyesca que rubensiana, en fin.»

Tras esta descripción de sus rasgos físicos, Insúa nos muestra a Emma a través de los ojos del resto de los personajes. Así, D. Narciso la tiene por «bonita», y además «todo el teatro la estima, salvo La Olmos, que la llama la «marquesa». D. Luis, «la miraba poniendo en juego su irresistible caída de ojos». Linaje «medía sus posibilidades de primera actriz». Roel «le hacía la corte por lo fino y completamente en serio». La Cuevas no la podía ver, «la chinchaba aquella niña por lo melindrosa y lo pasmá».

Si nos hemos entretenido en la descripción de toda esta pléyade de personajes que pueblan la novela en sus capítulos iniciales, es porque, a juicio del mayor conocedor y estudioso de la obra de Alberto Insúa, el profesor Santiago Fortuño Llorens, que tanto ha hecho y sigue haciendo por la recuperación de nuestro escritor para las letras españolas, *El negro que tenía el alma blanca* «es una novela de personajes y de sus sentimientos, de afectos y de odios, de atracciones y rechazos, de caracteres opuestos…Y en donde la descripción psicológica de sus personajes consigue alguno de los momentos más profundos del relato.»

Así es, hay algo que gravita desde el primer momento en las páginas de la novela expresado de diferentes formas por cada uno de sus personajes, y este algo no es más que el preguntarse cada uno de ellos cómo va a afectarles en sus carreras profesionales la llegada de Peter Wald al teatro, además de otros interrogantes como ¿puede un negro ser un verdadero artista? ¿a qué clase de negro pertenece Peter Wald? ¿son los negros la variante humana de los monos? ¿por qué los negros nos infunden temor?

Todas estas cuestiones tienen una significación especial para Emma, pues ya desde el primer momento nos dirá que «a mí me dan mucho miedo los negros», para más tarde añadir que «a mí los negros me dan asco y me parecen demonios. Gracias que en Madrid no hay muchos».

La llegada de Peter

Así las cosas, tiene lugar la llegada de Peter Wald al teatro de D. Narciso, no sin antes realizar éste algunas mejoras y obras de acondicionamiento en el mismo, para que la acogida y estancia de Peter Wald fuera lo más cálida y cómoda posible. Vemos cómo Peter llega al teatro de madrugada en la víspera de su debut acompañado de su pareja de baile, la enigmática Ginette. Ambos llegan en su lujoso vehículo, al volante su fiel ayuda de cámara, Rolovich. Es marzo y D. Narciso, acompañado de otro personal del teatro, le recibe en el vestíbulo. Ginett «viste abrigo de marta cibelina, rubia y esmeraldas al cuello», Peter «abrigo de nutria y smoking». Todos los miembros de la compañía se han concentrado para conocer a la nueva pareja, tanto hombres como mujeres admiran el estilo de Peter.

También es el momento en el que Emma ve a Peter, dando muestras de inquietud ante su presencia, situación que su padre advierte y por ello le dice que si él le tiende en algún momento su mano para saludarla pues debe hacerlo ella también y no tener miedo alguno, a lo que ella le responde que «sentir esa piel de mono contra la mía te digo que no podré». Es entonces cuando padre e hija deciden abandonar el teatro y marchar hacia su casa para cenar algo y dormir. Es aquí donde Insúa describe, a través de una pesadilla que Emma tiene, todos los temores y miedos de la misma, pues en ese sueño «Peter y ella estaban solos en el teatro entre bambalinas y telones viejos que formaban un laberinto. El daba unos saltos terribles persiguiéndola, ella había gritado al sentir las manos del negro sobre sus hombros, unas manos enormes y calientes. ¡Ay!, no puedes figurarte era un mono muy grande, como el del Anís.»

Ni que decir tiene que la presentación de Peter en Madrid es todo un éxito de crítica y de público, como se dice en estos casos. Todo Madrid comenta el espectáculo, se dice por ahí que la mismísima Isadora Duncan quiso conocerlo en persona, que el gran Nijinsky solicitó de alguno de sus

consejos, y que incluso un senador de los Estados Unidos de América, al verlo bailar, abogó por la abolición de la ley de Lynch. Madrid está de enhorabuena al contar con semejante artista, por fin Madrid se «europeíza».

Los bailes que Peter despliega sobre el escenario causan la fascinación del público. Estos son el schotis americano; el tango argentino; el vals; el fox-trot y el shimmy, entre otros. Con estos ritmos puestos en escena, aparecerá una mutación para quienes los presencian desde su butaca del teatro, singularmente para el espectador masculino, pues ahora el hombre queda fascinado por lo que otro hombre está realizando sobre las tablas, ya no se trata de ir a contemplar a una bella actriz o a una hermosa y sensual corista, las esposas están «tranquilas» durante el espectáculo, no hay lugar para los celos. Sin embargo, esto no supone que la atracción erótica haya desaparecido, en todas las interpretaciones de Peter hay una fuerte carga sexual que los envuelve,

> […] En el fox-trot, no bien iniciado, arrancó murmullos de sorpresa. Era un baile que acaba de ponerse de moda en Madrid… En el fox-trot, Peter se jugaba su prestigio. No faltaba algún «fox-trotista» dispuesto a criticarle, pero bastó el primer paso para que todo el público se suspendiese de admiración… El público, asombrado, se levantaba para seguir el juego de las piernas y ver cómo se desprendían de las tablas los escarpines de Peter y los zapatitos blancos de Ginette. Y cuando con agilidad portentosa, él la hizo girar como una onda de espuma, el público, electrizado, prorrumpió en aplausos, en bravos, en gritos de placer.

Pero si creemos que con el fox-trot está todo dicho estamos equivocados; ahora, con un público ya entregado, Peter despliega toda su capacidad creativa con un «shimmy», pues es donde nuestro protagonista mostrará toda su perfección,

> […] Porque su fox-trot no era nada al lado de su shimmy, de su famoso shimmy, que en todo Norteamérica se bailaba según su fórmula. Y los espectadores jadeantes de tanto bailar imaginariamente y de tanto aplaudir, encontraron alientos para aclamar a Peter y a Ginette en aquel fox-trot espasmódico, que se bailaba con las piernas rígidas, y un sube y baja del cuerpo isócrono como el de un émbolo. Era una danza de hipnotizados, de sonámbulos, o de autómatas dirigidos por dos pilas eléctricas. En aquel baile, Peter recobraba toda el alma de su raza, y era el negro, el negro bestial y místico que bailaba extasiado, como frente a un ídolo, y que da siempre a la danza un extraño sentido religioso y lúbrico,

> acaso porque su idea de la divinidad está fundida con la del delirio priápico.

Al acabar el espectáculo, ni que decir tiene que, como ya hemos señalado, el éxito es total, todo el mundo quiere bailar como Peter. Los actores de la compañía se apresuran a saludarlo efusivamente, los autores teatrales que han acudido a presenciar el espectáculo se arremolinan en torno a él. Eso que llamamos la «gente bien» no pierde ocasión para tratar de estrechar su mano, a pesar del prejuicio racial que flota en el ambiente, el narrador nos dirá que «el arte no tiene color», para más adelante decir que

> Aplausos como los de Madrid no los había escuchado a lo largo de su carrera, sólo comparable a la de una Carolina Otero, un Frégoli, o un Bombita. Su fama universal se traducía en miles de libras, dólares, de marcos y de rublos: era dos o tres veces millonario, pero todo esto no le ponía bálsamo en secretas heridas como las ovaciones de Madrid. Ese Madrid burlón y difícil, terror de cantantes y funámbulos extranjeros, le acogía con entusiasmo, con delirio, hubiera querido darle las gracias de algún modo.

Tras el triunfo, Peter abandona el teatro y decide volver a su hotel a pie, rechazando el coche de caballos que se le ofrece. Mientras pasea por las calles de Madrid las gentes lo reconocen; «a su paso se detenían las gentes en la calle, y de los grupos de la Puerta del Sol —los últimos los de la acera del Colonial— salían frases que le estremecían de placer: ¡Ése es Peter Wald! ¡Vaya pieles que gasta el negro! ¡Qué tío bailando!» Y es precisamente aquí, durante este paseo callejero por Madrid, donde Insúa nos da la primera pista sobre quién es verdaderamente Peter Wald al decir que, «lo de negro y lo de tío resultaban frases mimosas, rebosantes de una simpatía familiar…». En los días tristes de su infancia, el Madrid del arroyo le llamaba el «Betunes» o el «Mambís», y gracias si los apodos no venían acompañados de zancadillas y de golpes. ¡Qué lejos estaban aquellos años de martirio! Es decir, casi de forma fugaz, descubrimos que Peter, siendo apenas un niño, ha vivido y conoce Madrid, por tanto, la ciudad no le es extraña.

Retorno al pasado

A su llegada al hotel, pasa frente a la habitación de Ginette, su pareja de baile, ella no está, ya anda divirtiéndose y dejándose querer por los cafés de Madrid por sus adinerados «admiradores», momento en el que Insúa se detiene para relatarnos la relación que une a Peter y a su «partenaire». Así, se nos cuenta que, antes de Ginette, Peter tuvo otra compañera de baile,

Neva, que había muerto un año antes de conocer a la misma Ginette, y de las que Peter pensaba que «le daban siempre la misma sensación de carne enferma, de restos de un festín. Él prefería otras cosas: más juventud, más inocencia y, acaso, un poco de amor.» Para concluir, algo más adelante dice que «Ginette no le había gustado nunca. Siendo todavía joven y guapa, le repugnaba un poco. Pero hablar con ella de las *tournées,* estudiar una danza nueva o perfeccionar las antiguas, darle su opinión sobre vestidos y tomar a su lado, en el bar, un *cocktail* eran cosas que le agradaban.»

Peter, ya en su magnífica suite del Hotel Palace (recién inaugurado por aquellos años), abre el balcón, sale al mismo, y desde allí verá y evocará perdidos lugares de su infancia (el Congreso de los Diputados, la Carrera de San Jerónimo, el Palacio Real, o las casas viejas de la calle Mayor), y mientras esos recuerdos bullen por su mente, los nombres de Néstor y de Piedad Arencibia se agolpan sobre su cabeza. Son los nombres de sus antiguos amos que tiempo atrás le despreciaron y humillaron, con quienes convivió siendo apenas un muchacho en el palacio que ambos hermanos tenían en las estribaciones de la Castellana.

Entonces, ¿quién es Peter Wald? Insúa, como narrador, ya no puede hacer esperar más al lector y nos descubre al verdadero protagonista de nuestra historia. Peter Wald no es más que «la transformación inglesa de un nombre y apellidos netamente españoles: Pedro Valdés». Efectivamente, Pedro era el hijo de Pedro Valdés y Mari Francisca, hijos de esclavos libertos negros al servicio de la casa de los Arencibia desde generaciones atrás. Pedro Valdés trabajaba como capataz en la hacienda que dicha familia poseía en la provincia de Matanzas (Cuba), de nombre Los Mameyes.

D. Bibiano Arencibia, más tarde ennoblecido con el título de marqués, de familia montañesa llegados a Cuba en 1700, había casado con doña Gertrudis Sorés, noble dama cubana cuya familia hundía sus raíces en la isla desde siglos atrás. Del matrimonio había de nacer un solo vástago, Óscar de Arencibia, casado a su vez en 1890 con la condesa de Virama, perteneciente a la más rancia nobleza del Camagüey. De esta unión matrimonial nacieron dos hijos, Néstor, en 1891, y tan sólo un año después, Pilar.

Es entonces cuando, al poco de nacer Pilar, muere su nodriza casi recién llegada a la isla desde su Galicia natal, y de esta forma es cuando aparece en escena Mari Francisca, que acaba de tener un mes atrás a un niño, un «negrito», y que además tenía «dos pechos como dos guanábanas». Mari Francisca pasará así, junto a su pequeño Pedro, al servicio directo de los Arencibia en su palacio de la capital, abandonando la propiedad familiar para convertirse en «hermano de leche de la niña Piedad, hija de la condesa de Virama y del primer heredero del marquesado de Arencibia.»

Pedro, pues, vivirá y se educará con los pequeños Arencibia, «se crió con tan buenos pañales como un blanco rico». La casa señorial de los Arencibia

es descrita con minuciosidad por Insúa para darnos una idea del entorno cálido y apacible en el que se desenvuelven los primeros años de la vida de nuestro protagonista.

Sin embargo, las cosas pronto van a cambiar, la situación de la isla se vuelve cada vez más tensa con las insurrecciones, cada vez más frecuentes, de los patriotas cubanos que luchan en pos de su independencia, estamos en 1896. Por ello, D. Bibiano toma la decisión de establecerse en España, acompañándolo en su viaje su esposa, su nuera, los dos pequeños, y Pedro y su madre Mari Francisca, quedando Óscar al frente de la hacienda y de los negocios familiares.

Establecidos en la Villa y Corte, los Arencibia comienzan a alternar con la buena sociedad madrileña, se sienten plenamente integrados, pero sin olvidar sus orígenes, pues las costumbres y modales de la isla se mantienen en el vivir cotidiano de la señorial casa. Los niños son educados con las mejores institutrices y preceptores, pasan por los más prestigiosos colegios, hasta el mismo Pedro aprende a leer y escribir al acudir por las mañanas a un colegio gratuito religioso. Pronto pasa a ser lacayo y con el tiempo es posible que se convierta en mayordomo del mismísimo D. Bibiano. Pedro comienza así a ganar su primer dinero, pero no puede evitar que otros niños o mayores, al salir a la calle, le llamen «Betún» o «la onza de chocolate». Al respecto, Insúa describe el sentimiento del personaje protagonista con las siguientes palabras: «de todas suertes, le irritaban las burlas de los blancos… ¡Qué lata era ser negro! Y suspiraba, pensando vagamente en futuros desquites.»

Pero la desgracia pronto se cierne sobre la familia, la madre de Néstor y Piedad morirá joven todavía, tiene lugar el desastre del 98 y la isla se pierde para España. Óscar, el hijo de D. Bibiano, viudo ya, no regresará a España e incluso contraerá poco tiempo después segundas nupcias, razón por la cual ni Néstor ni Piedad quieren volver con su padre y prefieren seguir con sus abuelos en Madrid. Por otro lado, el padre de Peter ha muerto «colgado» en Cuba por traidor al combatir junto a las tropas españolas y al poco morirá su madre, estamos en 1900, un nuevo siglo llama a la puerta.

Mientras, los estudios de los niños van terminando. El comportamiento de Néstor por los diferentes colegios por los que pasa no es nada ejemplar, además, y pese a los esfuerzos de D. Bibiano y de su esposa, Néstor va acrecentando su desprecio hacia Peter, algo que se manifiesta ya siendo pequeños, pero que se acrecienta con el paso del tiempo y lo mismo ocurre con Pilar, que, aun manifestando cierto afecto por Peter, no tarda en mostrarse muchas veces fría y altiva frente a él. La muerte de D. Bibiano acrecienta en ambos estas actitudes al recibir una cuantiosa herencia, una herencia de la que también el joven Pedro es partícipe, pues D. Bibiano le ha dejado 1000 duros, con los que Peter mandará hacer un panteón para su

madre, se comprará algo de ropa nueva, quedando un resto que guardará para el futuro.

Ahora, Pedro es el nuevo criado de Néstor, pero este lo detesta, Néstor es dibujado como juerguista, soberbio, jugador y engreído, en definitiva, como un «señorito matón». Las humillaciones sobre Peter son continuas, cualquier pretexto es bueno para abroncar o reñir a Peter, la tensión entre ellos es grande, la burla es constante. Tras una fuerte discusión, Pedro ha de abandonar la casa de los Arencibia, es expulsado de forma violenta de la misma, su dolor es grande, toda su vida, la de sus mismos padres y las de sus antepasados ha girado en torno a los Arencibia, y eso ha llegado a su fin.

Expulsado del palacio de los Arencibia, encontraremos a Peter con la intención de volver a su tierra natal, por ello pone rumbo a Barcelona para embarcar y dejar atrás todo lo vivido en España. Barcelona, durante un paseo por la ciudad, le pareció una urbe muy distinta a Madrid:

> […] Desde Atarazanas subió hasta la Plaza de Cataluña por las Ramblas, ya encendidas, alegres, y en las que flotaba un olor de flores que a él le parecía el olor mismo de la libertad… Se le ensanchaba el pecho, nadie se fijaba en él. Era un hombre más en la muchedumbre. Una florista le prendió un clavel en la solapa, y él le dio una peseta, conmovido, temblando de felicidad… Nadie quería admitir que un negrito como él llevase dinero encima… Además, se iba a dar el gusto de que le sirviesen los blancos.

Es entonces cuando, sentado en una terraza, se le acercará un limpiabotas de nombre Luis Nonell. Ambos entablarán cordial conversación, las manos ennegrecidas por el betún de Nonell llaman la atención de Peter. Peter le dice que quiere comenzar una nueva vida en su patria, pero Nonell trata de convencerlo de que Cuba no es su destino, su destino pasa por ir a París, puesto que en la capital francesa le dice, tendría suerte de ser un grun (gigoló), pues daba el tipo para ello. Nonell añade que él ya había estado antes en París y puede asegurar que los negros con su porte y figura tienen éxito entre las gentes. Se ofrece para servirle de intérprete y ayudarle en todo lo necesario a través de los lejanos contactos que aún le puedan quedar de su estancia en la ciudad del Sena.

Sin pensarlo dos veces, Peter toma la decisión de marchar a París junto a Nonell. Instalados en una modesta pensión, recorren las calles de la ciudad y, por un tiempo, llevan ambos una vida relajada. En dicha pensión, Peter conocerá y se enamorará de una de sus huéspedes, Gross Niní, un amor falso e interesado, pronto percibido como tal por Nonell, pero no por Peter, hasta que descubre una mañana que ha sido víctima de un robo del dinero que aún le quedaba. Ante esta situación no hay más remedio que

buscar un empleo para ambos. Los restaurantes y las fruterías de los españoles afincados en la ciudad son su primer objetivo, pero en todos los sitios les dicen que no hay nada para ellos, Peter está al borde de la desesperación, e incluso tiene un amago de arrojarse al Sena, si la cosa continua así, pero Nonell consigue disuadirlo y le anima a continuar; pronto la suerte saldrá a su encuentro.

Y la buena noticia llega. Nonell ha conseguido trabajo en el restaurant español de D. Serafín, sito en los arrabales del barrio de Montmatre. Peter hará de botones y su amigo de freganchín, no tendrán sueldo, así que, «lo comido por lo servido.»

El restaurante de D. Serafín es frecuentado tanto por los españoles que están de paso por París, como por los españoles allí establecidos. Tal es el caso de dos amigos de D. Serafín, a saber, Juanito Monterde, aclamado compositor de diversas piezas musicales de éxito, y de Eladio Cáceres, afamado concertista de guitarra española. Ambos llevan entre manos abrir un nuevo local de espectáculos de carácter español, con aires flamencos; ya tienen vistos y contratados a los principales artistas que allí se darán cita e incluso a los decoradores que con sus pinturas y mobiliario proporcionarían al nuevo local el ambiente de «una España de pandereta, la única que daba dinero en París, y, en resumidas cuentas, la mejor de todas.» Durante estos encuentros entre ambos socios, Monterde, se ha fijado ya en la figura esbelta y el estilo que despide Peter, y decide llevarlo consigo al nuevo local, pero no sin antes rogar al mismo que también le acompañe su amigo Nonell, a lo que Monterde accede, pese a la opinión contraria del otro socio, Cáceres, que considera a Nonell como «un golfo rematado. No hay quién haga carrera con él.»

El nuevo negocio es un éxito, *El Patio,* que así se llama el nuevo local. En su inauguración «fue un acontecimiento montmartresco, casi parisiense, y casi, sin embargo, universal…». A pesar de ello, los dueños, ante la paulatina merma del negocio, deciden reconvertirlo en cabaret en el que «predominaban los ingleses, los tudescos y los argentinos.» Peter y Nonell son muy populares entre la clientela a la hora de servir las mesas por su estilo y humor. Peter siempre se pone a bailar cuando la orquesta se pone a tocar, baila a escondidas, mientras entra y sale de la cocina, pues le atraía el baile, le sugestionaba el baile. Hubiera querido ser rico para pagarse un profesor, dice Insúa en la novela. En una de estas semiactuaciones a escondidas le ve bailar, de manera casi furtiva, La Esmeralda, una «cocotte» vieja y fea, pero que bailaba muy bien. De esta mujer empezará a tomar lecciones, que Peter aprovecha al máximo y pronto se correrá la voz por todo el local que en el mismo había un «negrito» que era un bailarín admirable, reclamando el público su aparición en el local, a lo que accedieron los dueños, abonándole por su primera aparición 200 francos y un smoking nuevo, y

asegurándose de que Nonell debía de permanecer junto a él. Todo fue empezar y no parar:

> Fue el principio de su ascensión. Dos semanas bastaron para propagar su nombre por el París nocturno, de los music-halls, los bailes y los cabarets. Su fama descendía de la Butte al Boul Mich, no sin hacer escala en los cafés y bares famosos de las cercanías de la Ópera. Se oía hablar de Pedro en el Moulin de la Galette, en el café de París y en Bullier: en todas partes.

Como puede imaginar el lector, el Patio se ha convertido en el lugar de moda de París; en consecuencia, otros empresarios querrán hacerse cargo de los servicios de la nueva estrella, pero Pedro rechaza todas las ofertar por su lealtad a los dueños del Patio que tanto habían confiado en él. Sin embargo, esto no durará mucho tiempo, pues Monterde rompe con su socio y junto con Peter y Fabricio, un poeta amigo, se pasan junto con su espectáculo a una gran sala de fiestas, el Empíreo, el gran teatro de variedades de aquel momento en París, «la basílica de las varietés.» Ni que decir tiene que su entrañable Nonell también le acompañará, en calidad de ayuda de cámara, en esta nueva aventura. Las mujeres, tras su éxito, comienzan a rondarle, y él «se dejaba querer, adorar, satisfaciendo de tarde en tarde el capricho de alguna «girl» del Empíreo o de alguna muñeca del bulevar, aunque sin hacerse muchas ilusiones.

Pero todo tiene su final, y al igual que ya hemos visto con lo sucedido en el Patio, la revista que viene triunfando en el Empíreo va agotándose poco a poco y Peter no tiene más remedio que valorar otras ofertas que se le plantean, esta vez una muy interesante que recibe desde el otro lado del Canal de la Mancha. Londres sería su siguiente destino, y allí resurgiría como artista bailarín cambiándose el nombre artístico por el de Peter Wald, nombre con el que alcanzaría fama mundial.

En la capital inglesa, su éxito se repite: «doscientas noches de trabajo en Londres, en esos grandes music-halls de Trafalgar Square, y doscientos días de abundancia y felicidad.» Sin embargo, una gran sombra empieza a cernirse sobre ellos, en especial sobre Nonell, que empieza a dar muestras de flaqueza en su salud.

Tras el éxito londinense, las ofertas proceden de los Estados Unidos, algo que no se puede rechazar, y por ello toman un vapor para dirigirse al nuevo continente, sin embargo, algo terrible sucederá durante la travesía, la salud de Nonell empeora. Pese a las atenciones del médico de a bordo, nada puede hacerse por salvar su vida y así Peter verá perder al único amigo que ha tenido en la vida:

> […] En veinticuatro horas una hemoptisis se llevó a Nonell. El pasaje se enteró de la tragedia. Pedro lloraba con toda la fuerza de su alma al hombre blanco, para quien no había sido un negro, sino otro hombre, otro hijo de Dios. Lo amortajó y lo veló… Todas sus ilusiones se desvanecían… Ahora, a seguir luchando solo, a ser esclavo del público. ¡Siempre esclavo de alguien… Envuelto en unas lonas y con unos pomos a los pies. El cadáver sería lanzado al agua. Peter no protestó.

La muerte de Nonell no deja de pasar factura a Peter, su salud también empieza a dar algún signo de alarma, el mismo médico que ha tratado a Nonell debe ahora hacerse cargo de él. Pero Nueva York le espera; allí «pasó por los music-halls de más importancia. Luego fue a Chicago y a San Francisco. Estaba lanzado. Su arte coreográfico sería pronto un valor universal, indiscutible.» Peter recorrerá América, donde su fama se acrecienta, ganando miles de dólares, y tras un breve paso por París, acepta regesar a Madrid.

Otra vez Madrid

Tras este largo «flashback», Insúa nos devuelve a Peter de nuevo a las calles de Madrid. Mientras pasea por la ciudad, hombres y mujeres no le quitan la vista de encima, algo que molesta profundamente a Peter. Sentirá cierta atracción por la Olmos, tendrá un breve desliz con la Cuevas, pero nada de esto le satisface, por eso «cuando deseaba correr una aventura, prefería a la que por una hora o una noche se vendía como una esclava.»

Los éxitos en Madrid continúan, pero el final de su espectáculo se aproxima y deberá marchar. Antes de su partida desearía saber qué era de sus antiguos «amos», Néstor y Pilar. Mientras, Peter se ha vuelto a fijar en Emma, algo percibido por su padre D. Mucio, y por ello éste le insinúa a su hija que se encuentre con Peter y venza así ese miedo que la domina. La ocasión de un encuentro con la muchacha tendrá lugar en uno de los camerinos, en presencia de D. Mucio. Peter propone a Emma que sea su nueva pareja de baile, pues Ginette ha decidido dejarlo y volver a París. Le dice que él la ha visto sobre el escenario, y con palabras suaves, delicadas, hablándole con cariño puede hacer de ella una gran artista, pues «lo tiene todo, menos experiencia y yo puedo dársela.»

Emma le escucha pacientemente; en su interior una voz le dice «hubiese querido que fuese blanco, porque merece serlo.» Peter le insiste amablemente, le ofrece una cantidad considerable de dinero por cada noche de actuación si acepta ser su pareja, algo impensable para ella; una oferta que la sacaría, sin duda alguna, de su vida estrecha y mísera, y es entonces

cuando, a juicio del que esto escribe, se produce un punto de inflexión en el relato por el que Alberto Insúa nos está llevando de su mano. Nos encontramos con que Peter se levanta de la butaca en la que está sentado a escasos metros de donde se halla Emma, y acercándose con suavidad hacia ella, y tras quitarse uno de los guantes, la hace poner en pie, le extiende una mano mientras que con la otra rodea suavemente su cintura en ademán de hacerle dar un paso de baile, siendo entonces cuando se desata el acontecimiento «fatídico»: Emma Cortadell no puede soportar que Peter la toque, su piel no puede rozar su piel, ni tan siquiera levemente, la cercanía de su cuerpo le lleva al desmayo entre sus brazos, con el susto o impresión que esto le causa a Peter y le lleva a abandonar apresuradamente el camerino donde se encontraban.

Peter no encuentra otro camino que la resignación; Emma le tiene miedo y contra eso él no puede hacer nada, no es posible hacer de ella la artista, la estrella con la que había fantaseado, lo que le llevará a decir «nunca dejaré de ser negro y de repugnar a las virgencitas blancas.» Peter, tras este incidente, deambulará por las calles de Madrid, donde otra vez se agolparán sus recuerdos de la infancia y recordando los cambios que observa desde que de joven se marchó. Se encuentra con la Olmos, por la que siente cierta atracción, teniendo un breve «rendezvous» con ella, pues al menos ella «no siente repugnancia hacia el negro».

Ni que decir tiene el abatimiento que recae sobre el padre de Emma. Cuando ésta recupera el conocimiento tratará de tranquilizarla, y vuelven a su casa no sin antes lamentarse de la situación vivida hace unos instantes y de no haberse producido podría haber cambiado el signo de sus vidas, lo que le lleva a decir «somos tan pobres que desde hace seis años no subimos a un coche de caballos.» D. Mucio cree que todo se ha perdido y Emma seguirá su vida de meritoria en el Teatro del Sainete, esperando a que le llegue la oportunidad, en definitiva, a seguir viviendo en la pobreza.

Tras su encuentro con la Olmos, Peter tiene pendiente una cita en el hotel Palace con un empresario catalán que quiere llevarlo a Barcelona, y, mientras mantiene conversación con él y otros acompañantes, observa que no lejos de su mesa se encuentra Néstor, conde de Virama. Peter pregunta a sus invitados sobre la vida de aquel y estos le responden que es hombre de mala fama, jugador y pendenciero, que ha dilapidado la fortuna de su abuela, hablándole también de su hermana Pilar, ahora casada con un hombre mayor que ella, el Marqués de Yéboles, de quien se dice que ella le es infiel.

A Peter no le cuesta creer lo que le dicen de Néstor, pero muestra su indignación por el rumor que recae sobre Pilar. Es entonces cuando Peter abandona su mesa y se dirige a la de Néstor, éste le reconoce. La conversación que mantienen es tensa, le dice que su hermana está arruinada, Peter siente por ellos una mezcla de odio y compasión, pero este último sentimiento

es el que se impone y Peter ofrece a Néstor 80.000 pesetas para que salde sus deudas, le ofrece ayuda médica cuando Néstor le confiesa que su salud no es buena. Al volver a su mesa, uno de los amigos le confiesa que sobre Néstor pesa la acusación de haber robado alhajas y joyas del patrimonio familiar para mantener su escandaloso ritmo de vida, y que esto no es lo peor, pues Néstor chantajea a su hermana con unas cartas que ha interceptado de sus amantes y con las que amenaza darlas a conocer a su marido, consiguiendo así a través de ella dinero de su cuñado.

Naturalmente, sus compañeros de mesa se extrañan del interés que Peter muestra por Néstor y no tiene más remedio que confesarles quien es él verdaderamente. Antes de abandonar Madrid, Peter acudirá al palacio de los Arencibia, lo que supone un reencuentro con su infancia, y en especial con Pilar, a la que nunca ha podido olvidar y por la que siente un afecto rayano en el amor; pagará las deudas de Néstor, comprará a éste las cartas con las intimidades de su hermana, y levantará la hipoteca que sobre el palacio pesaba.

Mientras D. Mucio no ha hecho otra cosa que tratar de persuadir a su hija para que acepte la proposición de Peter para que acepte ser su nueva pareja de baile. El argumento de D. Mucio no puede ser más claro, si no se acepta la miseria no les abandonará jamás. Es entonces cuando Emma toma una decisión que van a trasladar a Peter: Emma no bailará en Madrid, su carrera debe empezar en París.

Y ahora, París

Emma y su padre se trasladarán a la capital francesa, donde Peter les espera a su llegada del tren. Peter está eufórico, debe hacer de Emma una «obra» suya comenzado por una severa y rígida educación artística y musical, en donde Peter a modo de «Pigmalión» le enseña a Emma todas las variedades de bailes, pasos y movimientos, pero esto no fue nada fácil para Emma pues «en la primera lección de baile temió que se repitiese el desmayo». Las visitas a las casas de modas, y a los musics-halls y cabarets que le precedieron hubiesen ido acostumbrándola a la presencia de Peter, a su voz, a sus modales, a su mirada cariñosa y triste y hasta el hálito que, envuelto en perfume, se desprendía de su cuerpo. «La primera presión del brazo de Peter sobre su espalda, de la mano de Peter contra su mano, la hizo cerrar los ojos y traspillar los dientes en un estremecimiento de terror, de pudor. Fue, en cierto modo un suplicio virginal, como si una parte de su pureza quedase desgarrada y manchada por el brazo de aquel hombre.»

Es el amor hacia su padre y es la bondad y cariño que Peter muestra para con ella, lo que lleva a decir a Emma «ten lastima de los dos: de la miseria de tu padre y del corazón de ese hombre».

Los esfuerzos de Peter al fin darán sus frutos, el debut de Emma como pareja de baile en París es rotundo, pues «ella, lejos de atemorizarse, se confió al público, y fue bajo la mirada magnética y la presión corporal de Peter, lo que él hubiese deseado que fuese: su reflejo, su sombra. Se había realizado la ecuación cinemática de la pareja.»

París es pues para ellos un lugar de acercamiento en lo personal, reconocimiento social y fama artística, y esta situación es la propicia para que en Peter se despierte esa confrontación que desde ya hace tiempo le viene invadiendo, a saber, si es amor lo que por Emma está empezando a sentir, o por el contrario es simple afecto por su manera de ser y de estar. Una lucha interior está desgarrando su corazón, ¿valía la pena luchar?

Y la respuesta es, no, no vale la pena luchar, pues,

> […] Se había enamorado de Emma contra su propósito… Emma era su ídolo y cada uno de los regalos y regocijos que le brindaba equivalía a una ofrenda, a un rito de religioso amor. Peter no amaba: adoraba. Siempre había existido en su espíritu un hondo anhelo de amar… Pero un negro no podía tener corazón, ni imaginación, ni inteligencia, nada de cuanto hacía falta para soñar, para desear, elevándose a las cumbres del sentimiento. Los blancos habían decretado que el hombre de color fuese una bestia o un hombre primitivo en quien se llamase celo lo que ellos, los blancos, llamaban amor… Obstinarse en vencer la repulsión que inspiraba a la hija de D. Mucio era tanto como subvertir la ley natural y la lógica de la vida. Y sin embargo…

Este es el pensamiento que corroe la vida de Peter, y para el que no hay remedio alguno, a menos de que se obrase un milagro, un milagro no que procediese de la química que borrase su color de piel, sino «el milagro de la suplantación del cuerpo por el alma, de no ver congregadas y victoriosas las fuerzas de su espíritu, de no escuchar una vez una voz de mujer que le dijese: Te quiero por la blancura de tu corazón.»

Con este peso encima, recorrerá Peter Francia junto con Emma durante las vacaciones estivales. Son reconocidos allá donde van, y todo el esfuerzo de Peter está encaminado a lograr que Emma deje de verlo como un negro. Al terminar las vacaciones, emprenden una gira por diferentes países europeos, tratando de huir de París, donde Peter vive algunas escenas de celos, por la admiración y atracción que Emma despierta en cierto tipo de hombres, lo que él llama «galanes hispanos.»

Al finalizar estas representaciones, Peter tomará una determinación crucial, ofrecerá a D. Mucio que sea su apoderado, su mánager. Ante esto, «D. Mucio no respondió nada. Le daba miedo decir que sí, le asustaba decir

que no… Yo haré lo que usted guste, lo que usted me mande.» Ni que decir tiene que el contrato de apoderamiento era fabuloso, pues ofrecía entre otras cosas, un 35% de las ganancias a favor de Emma y un 15% por llevar el apoderamiento D. Mucio, con la condición de que durante los siguientes cinco años «Emma y él habrían de bailar siempre juntos, constituyendo un número inseparable, una razón social.»

Y todo esto para qué, se preguntará el lector, pues para convertir a D. Mucio en su «esclavo» cuando Peter se decida a pedirle la mano de su hija en matrimonio. Peter es consciente de que su juego no es limpio, pero ¿podía emplear otro? «Cada vez que quiso decirle algo a Emma, las frases se quebraron en su garganta, y tuvo la extraña y dolorosa impresión de que una mano invisible le ponía delante un espejo: un espejo en el que veía su color y sus facciones abultadas… ¡Su piel! Menos de un milímetro de sustancia oscura bastaba para aislar a un ser de otro ser, a una raza de otra raza, a un mundo de otro mundo.»

Con esta oferta en el bolsillo, Peter y Emma emprenden una gira por Bélgica, un nuevo éxito. D. Narciso, ahora apoderado de Peter, acaba de embolsarse la cantidad de veinte mil duros incluyendo la parte de Emma. Pero también es en Bruselas, donde Peter empieza a dar sus primeras muestras de fatiga y por ello, ya sin ningún tipo de rodeos, le plantea a D. Mucio que está enamorado de su hija Emma y desea pedir su mano: «No necesito decirle a usted lo que he sufrido y luchado antes de hablar… Estoy enamorado de ella desde Madrid… Y si ella no me quiere, si no tiene el valor de casarse conmigo, créame usted, D. Mucio, me mataré.»

Ante esta situación, D. Mucio, ya de vuelta a París, no tiene otra alternativa que hablar con su hija y trasladarle la propuesta de Peter. Emma caerá enferma al conocerla, necesitando de tratamiento médico, y Peter se sentirá culpable por ello al comprender que el mal que afecta a Emma no es otro que él mismo. El médico que atiende a Emma, conocedor de la situación le dirá lo siguiente: «En fin, Monsieur Wald, hace años que le conozco y sé que usted es un hombre de conciencia. Ese matrimonio es imposible, a menos de exponer a esa joven a un experimento que puede ser trágico.»

Sin embargo, todo parecía estar cambiando, Emma se repuso del todo, y el éxito volvía a presidir sus actuaciones sobre el escenario de París. D. Mucio no ha cumplido con su promesa de conseguir el favor de Emma, pero al fin D. Mucio le comunica su «victoria» a Peter, Emma ha accedido.

En estos momentos D. Mucio aparece como un hombre «que lucha denodadamente contra su conciencia.» Peter lo había transformado en un hombre de presa, inyectándole el virus de la ambición. Él le había atraído a un mundo artificioso y amoral, en el cual parecía admisible que un negro se casara con una virgen blanca y que el precio de la compra lo cobrase el padre de la virgen. Pero él no quería a Emma para saciar apetitos y venganzas,

sino para adorarla, para ser su siervo a cambio de ser tolerado como su esposo: como un esposo que sabría hacerse perdonar por el color de su piel…. «¡Había llegado el amor! Eso era todo. Luego podría llegar la muerte, de antemano burlada, porque una hora del amor soñado era…, haber sido Dios.»

Por fin llega el momento de los esponsales, Peter comprará el anillo para la ocasión, acudirá a casa de Emma para entregárselo, tiene miedo, al subir en el ascensor su cara negra se ve reflejada en un espejo que hay en el interior de éste. Emma le espera junto a su padre, Peter le ofrece el anillo y Emma extiende su mano para que se lo ponga, al tiempo que la abrazaba y le daba un beso en la frente, y entonces

> […] tuvo que sostenerla por la cintura. La había visto desfallecer con los ojos extraviados por el terror, los labios contraídos en una mueca de repugnancia indómita, instintiva, animal… Emma comenzó a dar gritos, a arquearse, a crisparse en un a modo de ataque epiléptico. Sus ojos volvieron a abrirse, y giraban enloquecidos y fulgurantes fuera de sus órbitas. De su boca salía una espuma sanguinolenta.

Emma ha de ser tratada por un médico y tardará casi un año en volver a ver a Peter y en ser visitada por él.

Madrid, siempre Madrid

Al reponerse Emma, todos regresan a Madrid; aquí reanudarán su espectáculo con éxito renovado, pero las cosas ya no son iguales, ahora ella «era la bailarina de carne y hueso que se exalta y sufre en los brazos del hombre. Era, sobre todo, la artista. La sacudida trágica le había dado la conciencia de su arte. El público comenzó a respetarla como a un ídolo.» Por el contrario, Peter «se había hecho más alma. En las danzas sensuales y grotescas de su época, aquel hombre llegaba a espiritualizaciones gloriosas, a síntesis coreográficas que evocaban el martirio y el éxtasis.»

El espectáculo no cesa y la salud de Peter empieza a preocupar, después de cada representación Peter necesitaba descanso. Tuvo que recurrir a diferentes drogas para poder dormir. Bajo estas circunstancias, al finalizar uno de sus espectáculos, Peter es visitado en su camerino por Piedad, quien, conocedora del estado de salud de éste, le ofrece que se traslade con ella a su palacio, pues su hermano murió tiempo atrás. Peter aceptará y por expreso deseo suyo ocupará la pequeña estancia que ocupara su madre durante el tiempo que estuvo al servicio de los Arencibia.

Las últimas actuaciones de Peter, antes de abandonar sus funciones, preludian el dramatismo final, y es la propia Emma quién lo adivina,

> [...] veía en sus ojos y sentía en sus movimientos del baile que se iba a morir. Y cada vez que intentaba decirle que le quería, una fuerza cruel e implacable, pero salida de sus propias entrañas venía a cerrarle la boca con dos dedos de plomo. Era atroz. Quería ser buena y grande como él. Imposible.

Toda la compañía teatral conoce la difícil situación por la que la salud de Peter atraviesa e incluso se decía que «algunas [personas] compadecían al pobre negro enamorado y encontraban cruel la conducta de la Cortadita.»

Una tarde, Emma decide visitar a Peter en el palacio de los Arencibia; Piedad no pone objeción alguna, Peter ve en el rostro de Emma «un resplandor que la transfiguraba, haciéndola más que blanca, noble y pura.» Es entonces cuando ella, aproximándose al enfermo, le toma la mano, y con un hablar dulce y profundo, parece susurrarle «Peter, Peter de mi alma. Ponte bueno y te prometo ser tuya, tu esposa,tu mujer.» Él entonces rodea con dificultad su talle, mientras ella «le dio a deshacer su brazo, no pudo… Comprendió que había muerto y gritó».

En su testamento, careciendo de herederos, Peter había establecido que «2/3 de su fortuna fueran a parar a las manos de Emma Cortadell, y la restante a Piedad de Arencibia y de Vigarama…, dejando un legado de 50.000 francos para su fiel criado Rolovitch».

La novela en el tiempo: 1922-1998

Dejamos constancia a continuación de los diferentes sellos editoriales con los que ha contado la novela a lo largo del tiempo, desde el primero al último, algo que como hemos visto enorgullecía a su autor, al menos hasta donde él pudo comprobar.

1 Editorial Renacimiento, Madrid,1922, 340 pp.
2 Editorial Estampa, Madrid, 1929, 158 pp.
3 Revista Literaria Novelas y Cuentos, Madrid, 1935, 36 pp.
4 Editores Reunidos, Barcelona, s/f, 93 pp.
5 Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1948, 235 pp. Colección Austral, número 316.
6 Editorial Tesoro, 1954, 414 pp.
7 Editorial Aguilar, Colección Crisol, número 287, 1959, 625 pp.
8 Colección Popular Literaria, número 133, 1961, 107 pp.
9 Obras Selectas de Alberto Insúa, Carroggio Ediciones, 1973.
10 Editorial Castalia, Madrid, 1998, 294 pp.

El negro en el cine

El éxito de la novela propiciaría su rápida adaptación cinematográfica, aquí damos breve cuenta de tres de ellas , las únicas filmadas hasta el momento.

1. *El negro que tenía el alma blanca*

Año:1927
Duración: 88 min.
País: España.
Dirección: Benito Perojo.
Guion: Benito Perojo.
Fotografía: Georges Asselin, Segundo de Chomón.
Reparto: Concha Piquer, Raymond de Sarka, José Agüeras, Joaquín Carrasco, Andrews Engelmann, Valentín Parera.
Productora: Coproducción España-Francia; Goya Films P.C., Production Francaise Cinematographique.
Género: drama / cine mudo.

2. *El negro que tenía el alma blanca.*

Dirección: Benito Perojo.
Guión: Benito Perojo.
Música: Daniel Montorio.
Fotografia: Fred Mandel.
Interpretación: Antoñita Colomé, Marino Barreto, José María Linares Rivas, Angelillo, José Calle.
Producción: España.
Año: 1934.

3. *El negro que tenía el alma blanca.*

Año: 1951.
Duración: 85 min.
País: España.
Dirección: Hugo del Carril.
Guion: Eduardo Borrás, Hugo del Carril, José Luis Salado, Carlos Fernández Cuenca.
Fotografía: César Fraile (B&W).

Reparto: Hugo del Carril, María Rosa Salgado, Antonio Casal, Félix Fernández, Carlos Díaz de Mendoza, Helga Liné, Porfiria Sanchiz, María Asquerino, Antonio Riquelme.

Productora: Balart y Simó, Suevia Films, Suevia Films.

Género: drama/musical.

Alberto Insúa, hoy

No parece que hayan cambiado mucho las cosas desde que Eugenio G. de Nora en su monumental obra, *La Novela Española Contemporánea,* escribiera en 1973, que: «Condenado en algunos estudios a un olvido todavía más absoluto del que relega a una simple citación a sus compañeros de grupo (Pedro Mata, R. López de Haro, Antonio Hoyos y Vinent, o Joaquín Belda, entre otros)», lo cierto es que, si bien en las historias generales de la literatura española o en la manualística universitaria al uso, el nombre de Insúa sigue permaneciendo ausente, no han faltado quienes de manera singular se ocupasen de él. En lo que llevamos recorrido de siglo, al menos se ha podido percibir un cierto grado de recuperación de su obra, especialmente en los estudios y trabajos que con ocasión del centenario de la Gran Guerra fueron viendo la luz, pues Insúa fue un destacado corresponsal de prensa que cubrió aquel conflicto para la prensa española del momento. Dejamos a continuación constancia de esa paulatina «recuperación», con la cita de algunos títulos, que a modo de ejemplos nos parecen muy significativos.

1. *Alberto Insúa, Memorias*, selección e introducción de Santiago Fortuño Llorens, Colección Obra Fundamental, Madrid, 2003.
2. *Alberto Insúa, Corresponsal de la Gran Guerra*

Autor: Santiago Fortuño Llorens.
Editorial: Alfar.
Año de edición: 2018.
Páginas: 448.

3. *El barco embrujado. Novela de magia.*

Edición a cargo de: Mariano Marín Rodríguez.
Editorial: Renacimiento, Sevilla.
Año de edición: 2015.
Páginas: 244.

Bibliografía

ASHMAWY, Yasmin Hassan, <La narrativa de Sara Insúa>, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2016.

FORTUÑO LLORENS, Santiago. Edición, introducción y notas en *Alberto Insúa, Memorias*, Colección Obra Fundamental, Madrid, 2003.

FORTUÑO LLORENS, Santiago. Edición, introducción y notas en *Alberto Insúa, Humo, dolor, placer*, Madrid, Castalia, Clásicos Madrileños, 1999.

FORTUÑO LLORENS, Santiago. Edición, introducción y notas en *Alberto Insúa, El negro que tenía el alma blanca*, Madrid, Castalia, 1998.

GARCÍA DE NORA, Eugenio. *La novela española contemporánea (1898-1927) y 1927-1939)*, Madrid, Gredos, 1973.

SÁNCHEZ DE PALACIOS, Mariano. *Alberto Insúa y su entorno histórico y literario (1883-1963)*, Ayuntamiento de Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1986.